





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Le Petit Prince*

© de las ilustraciones, Pedro Oyarbide, 2025

© de la traducción, Marta García García, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid

lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

www.instagram.com/lunweg

www.x.com/Lunweglibros

www.facebook.com/lunweg

Diseño y maquetación: Lunweg, 2025

Primera edición: mayo de 2025

Depósito legal: B. 2.292-2025

ISBN: 978-84-10378-81-0

Impresión y encuadernación: Talleres Gráficos Soler

Printed in Spain - Impreso en España

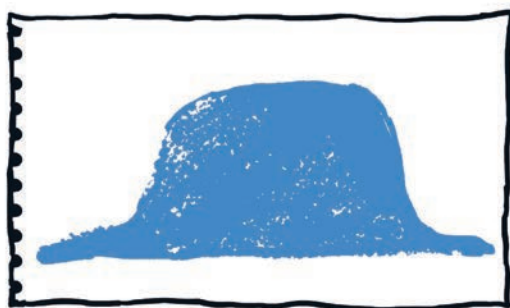




Cuando tenía seis años, vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre la selva virgen que se titulaba *Historias vividas*. Representaba una boa engullendo una fiera. Esta es la copia del dibujo.

El libro decía: «Las boas engullen su presa entera, sin masticarla. Luego, como ya no pueden moverse, duermen durante los seis meses que se prolonga la digestión».

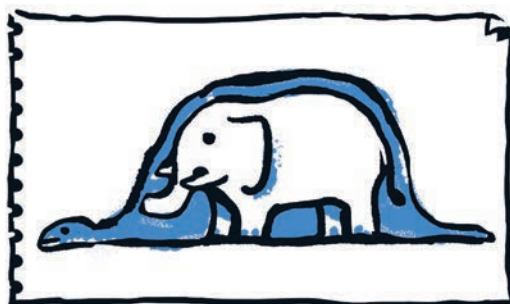
En aquel momento, reflexioné mucho sobre las aventuras de la jungla y, a la vez, logré trazar con un lápiz de colores mi primer dibujo. Mi dibujo número 1. Era así:



Enseñé mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si les daba miedo.

«¿Por qué iba a dar miedo un sombrero?», me respondieron.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una boa digiriendo un elefante. Entonces, dibujé el interior de la boa para que las personas mayores lo comprendieran. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas mayores me aconsejaron que dejase de lado los dibujos de boas abiertas o cerradas y que pusiera más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue como, a la edad de seis años, abandoné una prometedora carrera como pintor, desalentado por el fracaso de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas mayores nunca entienden nada por sí solas y para los niños resulta agotador tener que dar explicaciones todo el tiempo.

Así pues, tuve que elegir otro oficio y aprendí a pilotar aviones. He volado por todo el mundo y la verdad es que la geografía me ha servido de mucho. Con un solo vistazo, distingo perfectamente China de Arizona. Esto resulta muy útil si te extravías durante la noche.

A lo largo de mi vida, he tenido gran relación con infinidad de gente seria. He pasado mucho tiempo entre los adultos y los he visto muy de cerca, pero mi opinión sobre ellos no ha mejorado demasiado.

Cuando conocía a alguna persona que me parecía un poco perspicaz, la ponía a prueba con mi dibujo número 1, que siempre he conservado. Quería saber si de verdad era abierta de mente, pero la respuesta era siempre la misma: «Es un sombrero». Entonces, me abstenía de hablarle de las boas, de los bosques vírgenes o de las estrellas. Poniéndome a su altura, le hablaba de *bridge*, de golf, de política y de corbatas. Y mi interlocutor se sentía muy contento de conocer a un hombre tan razonable.





Viví así, solo, sin nadie con quien poder hablar de verdad, hasta hace seis años, cuando tuve una avería en el desierto del Sáhara. Algo se rompió en el motor de mi aeroplano. Y, como no me acompañaba ningún mecánico ni llevaba pasajeros, me dispuse, yo solo, a intentar realizar una reparación difícil. Para mí, era una cuestión de vida o muerte, ya que apenas tenía agua para ocho días.

La primera noche, me quedé dormido sobre la arena a mil millas de cualquier lugar habitado. Estaba mucho más aislado que un náufrago en una balsa en medio del océano. Imagínate, pues, mi sorpresa cuando, al amanecer, me despertó una extraña vocecita que decía:

—¡Por favor, dibújame un cordero!

—¿Eh?

—Dibújame un cordero.

Me puse en pie de un salto, como si me hubiese alcanzado un rayo. Me froté los ojos y, al mirar con detenimiento, vi a un extraordinario mu-

chachito que me observaba con expresión seria.

Este es el mejor retrato que logré

hacer de él más tarde. Pero he

de reconocer que mi di-

bujó no es tan encanta-

dor como el modelo.

No es culpa mía. Las

personas mayores

me desanimaron en

mi carrera de pintor

a la edad de seis años

y solo había aprendido

a dibujar boas cerradas y

boas abiertas.



Contemplé, pues, aquella

aparición con los ojos muy abiertos de

asombro. No olvides que me encontraba a unas mil millas de cualquier

región habitada. Además, el muchachito no parecía ni extraviado, ni

muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto

de miedo. No aparentaba en absoluto ser un niño perdido en medio del

desierto, a mil millas de cualquier región habitada. Cuando por fin logré

hablar, le pregunté:

—Pero... ¿qué haces aquí?

Y, entonces, como si fuese algo muy importante, repitió lentamente:

—Por favor, dibújame un cordero.

Cuando el misterio es demasiado impresionante, uno no se atreve a

desobedecer. Por muy absurdo que me pareciese, a mil millas de cualquier

lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de

papel y una estilográfica. Pero, entonces, recordé que yo había estudiado

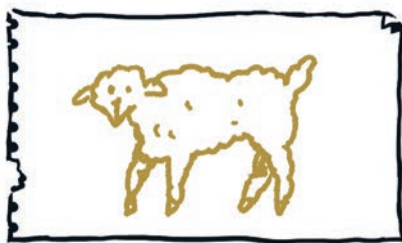
principalmente geografía, historia, cálculo y gramática, y le dije al muchachito (un poco malhumorado) que no sabía dibujar.

—No importa —me respondió—. Dibújame un cordero.

Como nunca había dibujado un cordero, hice uno de los dos únicos dibujos que era capaz de hacer: el de la boa cerrada. Y me quedé atónito cuando le oí responderme:

—¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa y un elefante ocupa mucho espacio. Donde yo vivo todo es muy pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.

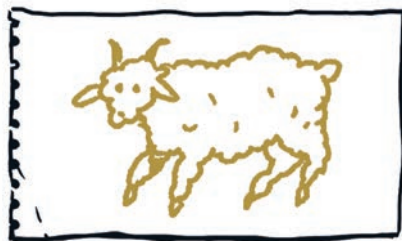
Lo dibujé.



Lo miró con atención y dijo:

—¡No! Este está muy enfermo. Haz otro.

Dibujé otro.



Mi amigo sonrió amablemente con indulgencia:

—No es un cordero, es un carnero. ¿Ves?, tiene cuernos.